

NORMA ESTRELLA

1 0 3 B C N 3

ÚLTIMO ZEPELÍN A TU AMOR



zafiro[♥]

Índice

Portada

Dedicatoria

1. El retorno de la Jedi pelirroja
2. Tesla es nuestro dios y Monturiol, su profeta
3. Fiestuqui en el planeta de los simios
4. Wild Wild West
5. No pestañees
6. Sara y Eloy contra el mundo
7. AdoptaUnFriki.es
8. Dammit, Janet, I love you
9. Más grande por dentro
10. The Walking Dead
11. Guía del autoestopista galáctico
12. Las dos torres
13. Último zepelín a tu amor
14. La princesa prometida
15. 2015. Regreso al futuro

Guía friki para románticas

La trilogía I love BCN se inicia con la historia de Ona en

Biografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Esta novela es un homenaje.

A todos los que han dedicado sus vidas al bien común de la humanidad, sin importarles que otros se quedaran con las patentes, las fortunas y la fama que deberían haber disfrutado en vida.

A Tesla, por sus inventos y avances en los campos del electromagnetismo, la comunicación inalámbrica, la corriente alterna, la robótica y muchos otros de los que hoy disfrutamos sin darnos cuenta. Y, sobre todo, por molar tanto.

A Monturiol, por creer que una nueva sociedad igualitaria icariana era posible y por crear el submarino Ictíneo a pesar de todas las trabas con las que se topó. Y la kafkiana burocracia del siglo xix no tuvo que ser moco de pavo.

A Jonas Edward Salk y a todos los investigadores que no han patentado sus vacunas y medicamentos.

A todos los que, a pesar de mis dedicatorias, se compran mis libros y no los piratean. Gracias, mil gracias, de parte de vuestra sierva eterna.

Y a todos los frikis, los vocacionales y los de verdad: los que darían cualquier cosa por dejar de serlo.

1

El retorno de la Jedi pelirroja

Barcelona, septiembre de 2014

—Señores pasajeros, bienvenidos al Aeropuerto de Barcelona-El Prat.

«Hogar, dulce hogar», pensó Sara, mirando por la ventanilla del avión que la llevaba de vuelta a casa desde Londres.

—Por favor, permanezcan sentados, y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado completamente los motores y la señal luminosa de los cinturones se apague.

Sara se había ido a Londres para hacer un máster en programación de videojuegos. O esa había sido la excusa oficial. En realidad no aguantaba más a su familia. Sara Anglesola —de los Anglesola de toda la vida— se fue para dejar de sentirse un bicho raro. Había pasado dos años en la ciudad del Támesis, donde había aprendido un montón de cosas y conocido a un montón de gente.

—Los teléfonos móviles deberán permanecer totalmente desconectados hasta la apertura de las puertas.

Sara sonrió al recordar a sus colegas, que la llevaron a descubrir todos los rincones de Londres que —según ellos— valían la pena. Gracias a sus nuevos amigos y amigas, Sara descubrió que no era rara. Era friki, y eso molaba mucho más.

—Les rogamos que tengan cuidado al abrir los compartimentos superiores, ya que el equipaje puede haberse desplazado. Por favor, comprueben que llevan consigo todo su equipaje de mano y sus objetos personales.

Al acabar el máster, Sara había pensado quedarse un tiempo más en Inglaterra para poder visitar todos los lugares que no había podido ver, ya que el trabajo de fin de máster la había absorbido casi por completo. Pero una oferta de trabajo de la que le había hablado Héctor, su amigo del instituto, la había ayudado a decidirse. A priori era un proyecto arriesgado. Sara casi podía imaginarse los gritos de sus padres. «¿El 22@? ¿Qué diantres es el 22@? ¿En Poble Nou? ¿Pueblo nuevo? Pero eso es un pueblo, ¿no? Eso no es Barcelona.» Unos amigos de Héctor habían puesto en marcha una empresa de videojuegos y aplicaciones en una nave industrial reconvertida en vivero de empresas de última generación. De momento lo que le ofrecían era poco dinero y mucho trabajo. Pero, a cambio, podría desarrollar su proyecto de videojuego basado en las novelas románticas. Además, el ambiente de trabajo sería inmejorable. Sara no tenía cargas familiares ni compromisos laborales. Si no se arriesgaba ahora, ¿cuándo lo haría?

—Les recordamos que no está permitido fumar hasta su llegada a las zonas autorizadas de la terminal. Si desean cualquier información, por favor diríjense al personal de tierra del aeropuerto, que les atenderá gustosamente. Muchas gracias y buenos días.

En cuanto la azafata cerró el micrófono, los pasajeros empezaron a levantarse como si quisieran batir algún récord de velocidad en cuatrocientos metros *finger*, a pesar de que —por supuesto— ni el aparato había parado completamente los motores ni la señal luminosa de los cinturones se había apagado.

Sara esperó a que todo el mundo acabara de desfilarse para bajar la bolsa de regalos del compartimento superior y salir del avión.

—*Have a nice day* —le dijo la azafata junto a la portezuela—. *First visit to Barcelona?*

Sara se echó a reír.

—No, no, qué va. Soy más barcelonesa que *Copito de nieve*.

—Ah, disculpe, al ver...

—Sí, mi pelo, no pasa nada. Ya estoy acostumbrada. En Londres me preguntaban dónde había dejado al resto de hermanos Weasley.

—¿Weasley? ¿Son miembros de la familia real?

«Sara, cambia el chip. Ya no estás con tus amigos. No puedes pretender que la gente sepa quiénes son los Weasley. Ni siquiera Harry Potter.»

—Sí, primos lejanos —respondió Sara.

La sonrisa de la azafata se hizo más amplia. A Sara le pareció que estaba a punto de hacerle una reverencia y tuvo que morderse la lengua para no decirle: «Puede retirarse».

Sara se entretuvo consultando el teléfono mientras esperaba a que saliera su equipaje por la cinta número ocho. Tenía varios WhatsApps. Uno era de Héctor.

Héctor: «¿Ya has llegado, Buttercup?».

Sara sonrió al recordar las numerosas veces que había obligado a su amigo a ver con ella su película favorita, *La princesa prometida*, desde que lo conoció en el instituto. Le respondió:

Sara: «Acabo de llegar, muchacho.    ».

Héctor: «*Welcome home*, Sara! Avisa cuando hayas descansado. Tenemos muchas ganas de verte. Y no sólo para hablar de negocios».

Sara: «Y yo a vosotros».

Héctor: «Ona me ha dicho que ha acaparado todos los Cheetos del súper para la próxima QDD».

Sara: «¡Cheetos! 🤩🤩 ¡Todos para mí! ¡Oink! ¡Oink! 😄».

Héctor: «Y este sábado es la feria *steampunk* en la Estación del Norte. ¿Te apuntas? 🤖📺».

Sara: «¡Claro! ¡Qué suerte! Parece que me estuvieran esperando 😄».

Héctor: «Mañana hablamos para concretar. ¡Descansa!».

Sara: «Gracias. ¡Hasta mañana!».

«Mi madre también me ha escrito —se dijo Sara, revisando el resto de mensajes—. Menudo honor. A ver qué excusa se ha buscado para no venir a recibirme.»

Mamá: «Llámame cuando llegues».

«Bueno, al menos no me ha contado ninguna milonga. Mejor así.»

Al ver que todavía no había movimiento en la cinta, Sara aprovechó para llamar a Isabel Rabassa, su madre, o, para ser más precisos, la mujer que la había traído al mundo.

—¡Sara, cielo, por fin has llegado! —exclamó Isabel con el tono agudo de voz que sólo empleaba cuando estaba en *sociedad*.

—Sí, mamá, acabo de bajar del avión. ¿Estás esperándome fuera? —preguntó Sara con ironía—. No he visto las pancartas y me ha extrañado.

—¿Cómo dices? No te oigo bien, cariño. Mira, al final no podré ir a buscarte. ¿Te acuerdas de que te dije que creía que tenía algo y que no recordaba qué? Pues menos mal que ayer me llamó Teté para que no se me olvidara que hoy se inaugura una exposición de pintura contemporánea en la galería de Mamen.

—Ah, suena interesante.

—Bueno, probablemente será un rollazo, pero qué le vamos a hacer. Todo sea por el cóctel de después. —Isabel bajó el tono de voz, para darle un toque confidencial al tema—: Me han dicho que asistirá Tita.

—¿Tita?

—La baronesa Thyssen, por supuesto. ¿Qué Tita va a ser? —Isabel suspiró—. En fin. Le he dicho a Edmilson que vaya a recogerte. Yo voy en el coche de Teté, que ha venido a buscarme.

—Hola, Sara —oyó decir a la amiga y vecina de su madre con su voz nasal, sus eses arrastradas y sus vocales muy abiertas—. Nos vemos mañana, en tu fiesta de bienvenida.

—¡Qué ganas de verte, Sara, cielo! —siguió diciendo su madre—. Tienes que contármelo todo. En especial lo del fin de semana que pasaste en Balmoral —añadió Isabel, para que Teté lo oyera.

«En Balmoral nada menos. Mamá, cada vez se te va más la pinza», pensó Sara. Los delirios de grandeza de su madre y su obsesión con la nobleza la hubiesen preocupado si no estuviera ya tan acostumbrada.

—Sí, sí, claro. Te lo cuento todo cuando vuelvas. Pásatelo bien, mamá.

Suspirando, Sara colgó el teléfono y se acercó a la cinta, que había empezado a dar vueltas, aunque todavía no había aparecido ninguna maleta. Le pareció una metáfora de su vida. El regreso a Barcelona iba a poner muchas cosas en marcha, pero ¿de qué color sería la maleta que el destino le tendría reservada con su nombre?

«Espero que al menos no sea demasiado pesada», se dijo, guardándose el móvil.

—Acá, señorita Sara, tengo el coche por allá.

Edmilson, el chófer de la familia Anglesola, la estaba esperando en la calle, junto a la puerta de llegadas internacionales de la moderna Terminal 1 del aeropuerto.

—Edmilson, qué alegría verlo. —Sara soltó las maletas y le dio un abrazo.

El hombre, que la conocía desde que era una niña, estaba acostumbrado a la espontaneidad de Sara, pero se ruborizó igualmente.

—Señorita Sara, qué guapa está. Qué ganas teníamos de verla. Sobre todo Rosa, que la ha echado muchísimo de menos. —Al darse cuenta de lo que había dicho, Edmilson, un hombre de unos cincuenta años que había venido a España desde Venezuela para ganarse la vida, volvió a ruborizarse—. Y sus padres, por supuesto.

—Por supuesto, Edmilson —replicó ella con una sonrisa cómplice—, por supuesto. —Sara no olvidaría nunca las noches que había pasado en la cocina haciendo los deberes junto a Edmilson y Rosa, mientras ella le preparaba la cena. En Londres Sara también había añorado muchísimo a la que había sido su tata y que ahora era la asistente y auténtica alma de la casa—. Yo también he echado mucho de menos... a mi familia —terminó de decir con un guiño.

—¡Mi niña! ¡Mi niña Sara ya está en casa! —Rosa la estaba esperando en la puerta de la mansión de la avenida Pearson, en el barrio de Pedralbes, al pie de la sierra de Collserola. Sara no esperó a que el coche acabara de detenerse y saltó para lanzarse en brazos de la mujer menuda que le había enseñado lo que era el amor y el respeto por los demás.

—¡Rosa! ¡Qué ganas tenía de verte! —exclamó, separándose un poco al cabo de medio minuto de abrazo—. ¡Qué guapa estás!

—Tú sí que estás guapa, niña —dijo Rosa, secándose las comisuras de los ojos—. Pero si ya no voy a poder llamarte niña. Mírate. Estás hecha una mujer.

Sara se echó a reír.

—Me faltan dos años para los treinta, Rosa. Ya hace tiempo que dejé de ser una niña.

—No para mí. Para mí siempre serás mi niñita de pelo *colorao*. Anda, vamos adentro.

Esa noche, antes de acostarse, Sara entró en Facebook para actualizar su estado y para saber de sus amigos. Pensó en colgar una foto de zapatos rojos sobre un camino de baldosas amarillas para celebrar que volvía a casa, pero la verdad era que la casa situada al pie de la sierra de Collserola nunca le había parecido un hogar. Faltaba algo, faltaba calidez y esa sensación de que, pasara lo que pasase, estaba en su castillo y todos los habitantes del mismo la defenderían si las cosas se ponían feas. Hasta en el piso que había compartido en Londres tenía más sensación de hogar que en casa de sus padres.

Encontró una imagen que le gustó y la colgó como foto de perfil. Era de un viejo capítulo de la serie «Doctor Who» con las palabras que Dorothy pronunciaba para volver a casa en *El mago de Oz: There's no place like home* o, lo que era lo mismo, como en casa, en ningún sitio.

Su madre todavía no había vuelto de su noche en la galería de arte y su padre la había llamado mientras cenaba.

—Sara, ¿qué tal? ¿Has llegado puntualmente? Si el avión se ha retrasado, dímelo y me encargaré de que Fortuny les meta un puro que se van a cagar.

Fortuny era el abogado de José Antonio Anglesola, padre de Sara y dueño de las empresas que llevaban su

nombre. El fundador había sido Antonio Anglesola, bisabuelo de Sara. José Antonio pertenecía a la tercera generación de Anglesolas al frente de la compañía farmacéutica. Su contribución al imperio había sido dividir la antigua empresa en tres, para diversificar riesgos, y especializarse en un mundo cada vez más globalizado: la rama dedicada a los productos farmacéuticos se llamaba ahora AngleSalus; la de ortopedia, AnglePedia, y AngleGenetics se había concentrado en semillas manipuladas genéticamente.

—No me esperes a cenar. He quedado con Emilio para hablar de su carrera política. Ese chico tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros, Sara. Ya sabes que me gusta para ti.

Sara se mordió el labio inferior y puso los ojos en blanco. Emilio era el hijo de Teté y de Julián, los vecinos de sus padres. Ambas familias daban por hecho que Sara y Emilio acabarían casándose. Llevaban toda la vida machacándolos con el tema. Para José Antonio era la solución obvia a su gran problema: la falta de heredero de sexo masculino. El padre de Sara había culpado a su esposa de su incapacidad de tener un hijo varón durante años y años. Al final habían llegado a un pacto: Isabel la ayudaría a conseguir que la rebelde Sara aceptara casarse con su candidato favorito: Emilio Balleriola. Nunca fue el más listo de la clase, pero para José Antonio aquello no era un inconveniente. Todo lo contrario. Los tipos listos tenían la mala costumbre de tener ideas propias. Y a José Antonio Anglesola las únicas ideas que le gustaba escuchar eran las suyas en boca de todos los que lo rodeaban.

—No te preocupes, papá. Ya estaba cenando. Es que en Londres me he acostumbrado a cenar temprano.

—Bueno, ya volverás a las buenas costumbres. Emilio quiere saludarte, Sara. Te lo paso.

Sara, que había estado a punto de meterse un trozo de tortilla de patatas en la boca, soltó el tenedor bruscamente. Las conversaciones con Emilio solían ponerla nerviosa. Y no precisamente en el buen sentido.

—Hola, Sara, ¿ya has vuelto?

—Humm, sí.

—Me alegre.

—Humm, gracias. ¿Todo bien?

—Humm, sí, muy bien. Aquí, con tu padre.

—Estupendo. Pasadlo bien.

—No lo creo, Sara. Tenemos temas muy importantes de los que hablar.

Sara miró a Rosa e hizo un gesto de fastidio, hinchando las mejillas y soltando el aire en silencio.

—Claro, claro, perdona. Pues no os hago perder más tiempo. Tenéis un país que salvar.

—Exacto, me gusta que lo entiendas. La mujer de un político tiene que poner el interés del pueblo por delante de todo lo demás.

—¿La mujer de...? —Sara miró a Rosa con los ojos más abiertos que los de Doraemon—. Bueno, Emilio, ya nos veremos por ahí. Un beso a mi padre.

Sara colgó sin esperar respuesta.

—Pero, pero... ¡este tío está peor que cuando me fui!

Rosa alzó las cejas.

—El señor Anglesola está muy ocupado, niña, no se lo tengas en cuenta.

—No, Rosa, mi padre está como siempre, a sus cosas. El que está fatal es Emilio. Me ha hablado de las obligaciones de las mujeres de los políticos. ¡Y se refería a mí!

—Ay, sí, hija. La verdad es que no se han olvidado de la boda en todo este tiempo. El señorito Emilio ha acabado ya Derecho.

«¿Ya? ¿A los veintiocho años? Muy bien, campeón», pensó Sara.

—Se pasa el día en el club. Me dijo la asistente de los Lluerca que le han puesto el mote de un perrito faldero porque siempre va detrás de tu padre.

—*Charming*.

—¿Cómo dices, niña?

—Encantador. El sueño de mi vida siempre ha sido casarme con el perrito faldero de mi padre.

—¿Cómo me dijo que lo llamaban? Era un nombre muy raro. El del chucho que se ha comprado la Paris Hilton, que le costó una burrada de dinero. Era algo así como Mis Tetas Mazis. Yo había oído lo del perro Mis Tetas, pero ¿Mazis? Supongo que serán operadas...

En Londres, Sara tenía una compañera que la ponía al día de las últimas excentricidades de la millonaria.

—¿Mister Amazing?

—¡Eso mismo! ¡Mis Tetas Mazis!

Sara se echó a reír con tantas ganas que tuvo que sujetarse la barriga.

—Ay, Rosa, ¡cómo te he echado de menos!

2

Tesla es nuestro dios y Monturiol, su profeta

—Listos en cinco segundos, cuatro, tres, dos, uno...

*iiii*Boooooom!!!! —La explosión resonó en toda la nave industrial.

Eloy tardó unos segundos en levantar la cabeza. Cuando lo hizo, miró hacia la torre de electricidad situada en el otro extremo del sótano. El marcador que recogía la actividad eléctrica estaba en lo más alto.

—¡Por los diez mil orcos de las puertas de Erebor! —exclamó Ricardo, asomando la cabeza desde detrás de un viejo archivador.

—¡Por H. G. Wells y Scott Card! —gritó Guillermo, saliendo de debajo de la mesa.

Eloy se levantó del suelo y se sacudió la ropa mientras se acercaba a sus amigos teslianos con una sonrisa radiante. Tras cinco horas de ajustar la potencia del generador, por fin habían conseguido la transmisión de electricidad de una punta a la otra del sótano sin necesidad de cables.

—¡Eureka! —Eloy elevó los ojos al cielo—. ¡Lo hemos logrado!

—¡Yiiiijaaa! —gritó Guillermo, dando vueltas al sótano como si fuera un electrón.

—Vamos a ver la grabación —propuso Ricardo, sentándose frente al portátil con cámara con el que grababan todos los experimentos.